

Notas para una sociología de la guerrilla

ENRIQUE VALENCIA

En la medida en que el orden social establecido se presenta, cada vez más, como un “desorden organizado” con su secuela permanente de atraso y de explotación, la idea de la insurgencia y de la subversión parece cobrar mayor fuerza y actualidad, a tal grado que para muchos seres humanos se ha convertido en la alternativa necesaria —a veces la única y la última— para superar tal condición. Bastaría una somera revisión de la literatura sociológica y política contemporánea para darse cuenta de que los conceptos de cambio social, desarrollo, modernización, subdesarrollo, atraso, parasitismo y coloniaje, aparecen sistemáticamente ligados a los de revolución, violencia, radicalismo y guerrillas, tanto para llamar la atención sobre el incendio que se propaga y mostrar la necesidad de apagarlo, como para señalar lo inevitable de un cambio que en ciertas circunstancias se presenta como imperioso.¹

Desde luego América Latina se ha distinguido con rasgos propios en este campo desde hace tiempo y tal vez sea la única región del mundo contemporáneo en que la guerra de guerrillas se haya planteado como insuperable salida del atraso y la injusticia en el marco de las sociedades nacionales. Además tiene interés el caso de las guerrillas latinoamericanas debido a que en esta parte del continente no existe un estado de ocupación por parte de fuerzas coloniales, aunque no cabe la menor duda sobre el carácter básicamente dependiente de su vida económica, política, social y cultural.

Estos hechos han dado lugar a que, en el proceso de desarrollo y diferenciación de la sociología latinoamericana, el estudio del conflicto y de la crisis, y la actitud de compromiso ante ellos, aparezcan hoy en día como una de las orientaciones adecuadas para la actividad sociológica y un camino por el cual la sociología podrá

cumplir con su *rol* de conciencia crítica y transformadora de la realidad. No obstante, hasta ahora son contados los estudios sistemáticos y especializados que han aparecido sobre el tema, probablemente porque resulta siempre espinoso y de legitimidad dudosa para el quehacer científico “puro”²

En efecto, realizar un estudio positivo y esclarecedor sobre esta cuestión resulta empresa ardua, debido tanto a razones de orden teórico y metodológico como a la interferencia de posiciones ideológicas, inevitables en casos como éste. En efecto, el fenómeno guerrillero se caracteriza por su intenso contenido ideológico-político, toda vez que, dentro de los objetivos asignados por Clausewitz a la guerra, la guerrilla trata de llevarlos a cabo de una manera mucho más radical y profunda. Ello tal vez explica por qué resulta tan chocante para los difusores del *statu quo*. Por otra parte, un movimiento guerrillero responde a condiciones sociales y políticas perfectamente definibles en relación a las estructuras imperantes en las sociedades nacionales, más que a razones geopolíticas de expansión territorial o de dominio de mercados tal como se dan en la guerra clásica. Dicho de otra manera, la guerrilla tiene una profunda raíz en la problemática de cada sociedad, no importa qué tan sagaces e informados sean los guerrilleros para comprenderlas cabalmente y en su totalidad. El hecho mismo de la persistencia y desarrollo de los movimientos guerrilleros hasta alcanzar la etapa de la guerra popular sólo se explica por esta especie de simbiosis existente entre las guerrillas y las condiciones sociales, políticas y económicas de un determinado país. Pretender negar este proceso de correspondencia es expresar buenos deseos más bien que penetrar certeramente en la realidad, hecho que han comprendido mejor aquellos que organizan y dirigen las fuerzas contrainsurgentes que quienes analizan la guerrilla. A este respecto es difícil negar que las sociedades latinoamericanas atraviesan por una honda crisis propicia a la subversión y que, en medio de esa crisis, las instituciones de toda índole se han ido deteriorando inconteniblemente. No están, pues, sujetos a discusión, la existencia o el carácter de esas crisis, sino las alternativas para enfrentarlas y remediarlas, siendo una de esas alternativas el movimiento guerrillero. Su estudio debe partir entonces de esa premisa y tomar en cuenta que en este caso entran en juego factores de imposible percepción para la mera “objetividad científica”, cualquiera que sea el significado que se dé a este concepto.

Militarmente la guerra de guerrillas ha sido definida como una *forma* —pero no un *tipo*— de guerra dominante en las primeras

etapas de la guerra revolucionaria, con un *rol* suplementario en las guerras limitadas o generalizadas y probablemente utilizada después de una derrota nuclear. Su carácter básico radica en que la parte estratégicamente más débil asume la ofensiva concibiendo la táctica a través de formas, tiempo y lugares seleccionados. “La guerra de guerrillas es el arma del débil.”³ Esta circunstancia y el hecho de que sea decisiva para desencadenar una guerra revolucionaria, la convierten en una forma especial de hacer política. Por ello mismo representa también una expresión del conflicto emergente en una sociedad, por lo que algunos autores la han concebido como una toma de conciencia para alcanzar el cambio estructural por medio del asalto al poder o por razón de los efectos que la guerrilla desata al profundizar las contradicciones con el sistema imperante, haciendo aparecer con mayor nitidez y fuerza, las áreas débiles y en conflicto de una sociedad, como por ejemplo la debilidad del orden representativo y legal del sistema político y jurídico tradicional. En este sentido nos parece que el estudio de los movimientos guerrilleros debería situarse dentro de una teoría fronteriza de la sociología del conflicto y de la sociología del poder enmarcada por una línea envolvente y conjuntiva sobre el cambio social. El análisis del conflicto proporcionaría los mecanismos y características de la interacción social y política en la lucha por el poder con miras a la transformación de la sociedad.

Es posible que las cuestiones arriba consideradas pudiesen resumirse en una teoría de la revolución. Pero nos asalta el temor de que esta manera de enfocar el problema guerrillero hiciera perder, en el conjunto de la teoría, los muchos matices de esa forma particular de lucha política que, por supuesto no excluye otras, y cuya condición primordial es su capacidad de adaptación a las condiciones concretas en que opera. Por otra parte la teoría de la revolución, identificada con una teoría de la guerrilla, podría parecer a muchos teóricos ortodoxos un abuso intolerable que deja fuera otras “vías”, llevando de esta manera al análisis, desde sus comienzos, a un terreno polémico.

Ahora bien, nosotros encontramos que la mayor dificultad para realizar un estudio de la guerrilla que no sea meramente descriptivo, radica en la posibilidad de hacer explícitos los factores ideológicos que se sustentan ante las diversas opciones que se presentan a América Latina para alcanzar el cambio social, incluyendo dentro de esas opciones la toma del poder por la vía armada. Esta condición resulta mucho más problemática para los científicos sociales latinoamericanos, toda vez que ante ellos parece existir un amplio con-

senso sobre la imperiosa necesidad de que, en esta parte del mundo, se efectúe un profundo cambio social y que las ciencias sociales se hallen íntimamente ligadas a esta tarea, siendo ampliamente discrepantes las opiniones respecto del carácter de ese cambio y sobre todo de su orientación revolucionaria. A este respecto cabe preguntarse ¿cuáles son los valores, actividades y lealtades que como científicos sociales ponemos en juego ante esa necesidad? ¿cuáles son los *roles* específicos que al arribar a tal conciencia deben desempeñarse? ¿cómo afectan estas decisiones nuestro trabajo profesional y científico?; y, de otra parte, ¿pueden analizarse los movimientos guerrilleros de una manera neutra y desaprensiva sin que ello implique una definición personal ante estas cuestiones? ¿pueden hacerse tales análisis y definiciones sin realizar una revisión crítica de las instituciones asociadas a este proceso? ¿podría plantearse, incluso, si el estudio de las guerrillas se llevara a cabo poniendo de lado el aspecto humano que encierra la historia de unos hombres y mujeres, generalmente jóvenes, que, en un momento de ilusión, de desesperación o de íntima convicción, resolvieron desafiar al orden establecido declarándole una larga guerra, cuya perspectiva más cierta es la dura y mortal vida clandestina de la ciudad y del campamento guerrillero? Si estas mismas preocupaciones tuviéramos que expresarlas de otra manera, diríamos que el análisis del fenómeno guerrillero incluye, sin escapatoria, una definición total de la sociedad latinoamericana tal como existe y como quisiéramos que fuera cuando el arribo al poder, a través de cualquiera alternativa revolucionaria, planteara las decisiones que fuera necesario tomar. En pocas palabras, nos encontramos ante un problema, cuyas implicaciones son de acentuado carácter valorativo y normativo, que rebasa las meras cuestiones positivas del análisis sociológico y político y que, por ello mismo, entraña un compromiso personal difícilmente eludible.

A la luz de la ciencia política, la guerra de guerrillas ha sido explicada por la teoría del “contra-Estado” que, según quienes la sostienen, representa la idea de la contra-sociedad mantenida por el socialismo tradicional.⁴ En el primer caso por el poder guerrillero constituido por fuera y aparte del Estado contralista y represivo de la burguesía, en tanto que la idea socialista se refiere a la formación y organización política del proletariado como contrapartida de la clase capitalista gobernante; en ambos casos el objetivo final se halla representado por la toma del poder con miras a crear un nuevo Estado y una nueva sociedad dominada autoritariamente por los obreros y los campesinos.

Como puede advertirse, en el contexto de la toma del poder, las

ideas del contra-Estado y de la contra-sociedad vienen a ser *dos tácticas* diferentes pero orientadas al mismo logro, hecho que resulta suficientemente analizado por Lenin en *El Estado y la revolución*, el cual constituye, además, una amplia exégesis del pensamiento marxista sobre la misma cuestión.⁵ Por lo tanto, aparece clara la necesidad de llevar más allá de la simple diferencia de tácticas la teoría del contra-Estado y de la contra-sociedad, si es que se desea utilizarla provechosamente como una herramienta en el análisis de los movimientos guerrilleros. La extrapolación es indispensable por cuanto un modelo revolucionario del cambio social no puede recluirse en una distinción meramente descriptiva de las tácticas, sino que debe comprender también los hechos susceptibles de inclinar a ciertos grupos a optar por la lucha armada como medio de transformación social.

Quien haya tomado en consideración esta necesidad se dará cuenta de que el Estado ha sido definido de muchas maneras, lo mismo que sus relaciones con la sociedad, precisamente debido a las connotaciones político-ideológicas inherentes a esa definición. En general puede señalarse que las diferentes concepciones tienen que ver con el hecho de si la sociedad y el Estado son concebidos como formas distintas, pero conectadas, de las relaciones y los grupos sociales (tal sería la distinción hecha por Mac Iver entre asociación y comunidad), o si el Estado es considerado de una manera valorativa, bien sea como la culminación del proceso de evolución de la sociedad humana, bien sea como la resultante de las clases sociales. La esencia misma de estas distinciones —aun de aquellas que tienen un acento puramente metodológico, como la de Mac Iver— radica en el *rol* asignado al Estado respecto de las relaciones sociales, unas veces definido como un mecanismo de equilibrio de los intereses sociales, y otras como el instrumento emergente del conflicto entre esos intereses. En el pensamiento de Hegel y de Marx, las representaciones más conspicuas y polares de estas concepciones, el Estado es definido como “la realidad de la idea moral” o como “la imagen y la realidad de la razón” y como el “producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase”, respectivamente. En el primer caso el Estado se coloca por encima y por fuera de la sociedad, como un simple mecanismo de conciliación y arbitraje de los intereses contrapuestos, surgido del arbitrio del derecho natural; mientras que para el criterio marxista el Estado aparece y funciona como la máxima expresión del desarrollo de las fuerzas productivas y de sus oposiciones. Seguramente a estas diferencias en la conceptualización del carácter del Estado se debe que aque-

llos de sus aspectos que se relacionan más directamente con la sociedad —la estructura de poder y el orden político— son concebidos también de manera diferente. Y así se ve que para Hegel la teoría del Estado no implica una idea sobre la acción y la organización políticas; en tanto que en el segundo es su corolario. Históricamente estas diferencias explican la adhesión de Hegel al Estado prusiano, negando con ello los elementos esenciales de su filosofía negativa, y la consagración de Marx a la destrucción del Estado burgués.

A la idea de la inmanencia en el Estado del poder y del orden políticos debe agregarse la que se tiene sobre el carácter del ejercicio de ese poder; idea que es crucial para el análisis del proceso revolucionario. Nos referimos a la idea de que el Estado y su poder se fundamentan en el empleo de la violencia legalizada, hecho que sólo el marxismo reconoció con toda plenitud, precisamente en razón de que su meta era destruir un orden social y su Estado representativo con miras a construir otro en el cual esa violencia fuera reconocida por todos en la forma de la dictadura del proletariado. El análisis de Max Weber, pese a su intención de ser una historia anti-marxista, lo reconoce al señalar que: “. . . tendremos que decir que Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio . . . reclama con éxito, para sí, el monopolio de la violencia legítima . . . El Estado es la única y legítima fuente del ‘derecho’ a la violencia”⁶ y en ello radica su soberanía.

Las consecuencias que para la praxis política —especialmente si tiene objetivos revolucionarios— se derivan de una u otra concepción son bastante claras. Señalemos solamente que, en el contexto de la segunda perspectiva, la política se identifica con la acción que aspira a tomar el poder —por los medios que sea— o, al menos, a participar en él a fin de alcanzar los logros sociales inherentes a la dominación; entre ellos la redistribución o la negación del poder a otros grupos. Como dice Weber: “quien hace política aspira al poder como medio de consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder ‘por el poder’ para gozar del sentimiento que él confiere”⁷

La utilidad que pudiera tener la teoría del contra-Estado para el análisis estructural del fenómeno guerrillero es de mucho más difícil apreciación por causa de lo imprecisa que resulta ser la idea de la contra-sociedad que se le opone. En efecto, la idea del contra-Estado aparece muy real, casi tangible, tal vez porque, sociológica e históricamente, a ella se asocian hechos tan concretos como la violencia y el poder; pero la idea de la contra-sociedad, por sí sola, resulta bastante difusa por el mismo carácter conjuntivo del término. Un análisis sumario de la teoría socialista hace evidente que el

socialismo, como ideología política, implica una idea contrasocietaria del capitalismo, pero siempre unida a la que prescribe como paso necesario la destrucción de ese Estado mediante la toma del poder. “La lucha del proletario —escribió Pannekoek— no es sencillamente una lucha contra la burguesía por el poder estatal, sino una lucha *contra* el poder estatal . . . El contenido de la revolución proletaria es la destrucción y eliminación (disolución, literalmente) de los medios de fuerza del Estado por los medios de fuerza del proletariado . . .”⁸

Seguramente a ello se debe que Sombart nos recordara que Marx, mucho antes de que lanzara “El Manifiesto”, ya afirmase que “no hay nunca movimiento político que no sea social al mismo tiempo”.⁹

Si en la realidad de la praxis política revolucionaria las teorías de la contra-sociedad y del contra-Estado no aparecen como distinciones significativas, en cuanto representan sólo dimensiones tácticas de un mismo proceso, la decisión por una y otra táctica se realizará con base en los hechos concretos que determinan la acción revolucionaria. En el caso de los movimientos guerrilleros hay una serie de circunstancias que parecen orientar su acción, de manera necesaria, hacia la formación de “dos poderes” y de acuerdo con el principio de que “la guerrilla puede destruir pero no conquistar” debido a que, específicamente, es la guerra del débil. El hecho de que la guerrilla no pueda desatar una guerra total ni realizar una guerra de posiciones, tiene como resultado que trate de organizar poderes locales que rivalicen en todos los campos, menos en el militar, con el poder nacional. Obviamente, la formación de poderes locales sólo puede emprenderse si se cuenta con la cooperación de por lo menos una parte de la población, sobre todo debido a la debilidad militar de la guerrilla, y es en esta problemática en donde se presenta otra de las circunstancias que orientan a la guerrilla como forma de la guerra revolucionaria. Cuando la organización partidaria no existe, o cuando es muy débil debido a las características sociales y políticas en que la ha tocado surgir y desenvolverse, o cuando depende ideológicamente de la estrategia de una gran potencia —hechos que la hacen ineficaz porque limitadas posibilidades de acción son restringidas o han sido mediatizadas previamente, como es el caso en América Latina—, siempre hay la tendencia a sustituir, aunque sea temporalmente, el partido por el movimiento armado. Éste fue el caso cubano, cuando, por primera vez en la historia de las revoluciones modernas, se lleva a cabo

una de tipo socialista sin que el partido haya sido su motor original y su base de sustentación en las etapas iniciales.

El modelo marxista-leninista de la revolución asociada a la existencia de un partido revolucionario que hará las veces de vanguardia política, deriva claramente del *rol* que Marx y Lenin le asignaron al proletario dentro de la sociedad industrial. Sin embargo, la historia contemporánea ha mostrado la gran fuerza de cooptación desarrollada por el capitalismo respecto de la clase obrera en los países más industrializados, y la básica endeblez de la praxis política de esa clase en los países subdesarrollados. En otras palabras: la existencia de una población obrera no es garantía de la existencia de un partido obrero capaz de adelantar el cambio social revolucionario.

En América Latina el socialismo, en sus diferentes expresiones, ha tenido una actividad amplia y combativa en algunas épocas, y en algunos países desde su aparición a fines del siglo pasado. No obstante, su ineficiencia para modificar sustancialmente la sociedad tradicional y el Estado formalmente representativo ha sido también patente, salvo que se acepten como resultados que deban abonarse a su cuenta los subproductos de la “decantación utópica” llevados a cabo por las clases gobernantes. Este hecho tiene que ver con el “radicalismo” de las clases medias intelectuales latinoamericanas que, ya sea directamente o por intermedio de la migración europea occidental, recibieron la idea socialista. Por su mismo origen, este socialismo se halló impregnado de contenidos ideológicos (libertades políticas, participación cultural, representación, asociación popular y regulación jurídica de las relaciones de trabajo) que no modificaron la estructura del poder, el cual “estuvo por fuera del marco de las preocupaciones reformistas . . . (produciéndose) así una inexorable capitulación frente a la aristocracia terrateniente y frente a los enclaves coloniales”.¹⁰ La “oposición natural” desarrollada por el reformismo socialista mal podía cambiar las condiciones de vida de las clases populares, pero dio impulso a su organización y a su nacionalismo dentro del amplio espectro de los “frentes populares”, en cuyo seno el socialismo diluyó los alcances de sus propósitos revolucionarios.

A este respecto parece importante señalar que la guerrilla no es sólo una manera de hacer política, sino también una forma de *conciencia política*, tal como ha sido destacado por los propios jefes guerrilleros y por algunos analistas de la guerrilla, comprometidos o no, como Debray, Robert Taber y Fals Borda. En tal sentido está completamente claro que uno de los principales objetivos de

la guerrilla —y seguramente el primordial en sus etapas iniciales— es el de crear un impulso revolucionario, una irrupción de la voluntad popular, un deseo de sublevarse; lo cual, vistas las condiciones de existencia en los países sometidos al colonialismo interno y externo, resulta en una actitud completamente nueva y significativa hacia la vida, en términos de teoría política. Ello corresponde al primer requisito señalado por Lenin para que se produzca la revolución: el de la conciencia de la necesidad de un cambio. Taber dice que “la tarea central de la guerrilla es lograr que la población se transforme en militante, ya que sin su consentimiento no hay gobierno que dure un día”,¹¹ y Fals Borda que “las guerrillas, junto con otros grupos subversivos, se convierten en símbolos de la protesta social... Estas expresiones subversivas hacen descubrir a las sociedades la importancia del cambio significativo, al estimular el contrapunto dialéctico entre ideología y utopía como medio para alcanzar un nuevo orden social”.¹² Este deseo de sublevarse que la guerrilla trata de internar, y que recorre como un fantasma los cuatro continentes, no sólo expresaría las causas de esa sublevación, causas que tienen una larga existencia histórica, sino fundamentalmente la potencialidad para modificarlas. Resultaría, pues, errónea la apreciación de aquellas teorías del movimiento guerrillero que ven en él sólo una “forma de guerra”, reduciendo su papel al de un simple dispositivo militar.

Ahora bien, no cabe duda alguna de que esta actual forma de conciencia difundida por todos los países pobres del mundo debe acreditarse principalmente a la ideología socialista y a su impacto en el contenido de la definición que obreros y campesinos —y más tarde los sectores medios— han hecho de su situación social.¹³ Tampoco cabe duda de que en América Latina este impacto se ha acrecentado con el ejemplo cubano y con la evidencia histórica de que el determinismo político puede ser modificado. Pero sería erróneo pensar que la influencia del socialismo sólo se ha dado dentro de los partidos izquierdistas tradicionales. El propio caso cubano, de una revolución marxista-leninista por fuera de los movimientos o de los partidos socialistas de Cuba, demuestra que el socialismo ha tomado también otros cauces, contribuyendo a definir, entre el inmenso grupo de los “no alineados”, la conciencia de su potencia político revolucionario. En este orden de ideas Camilo Torres se proponía transformar al pueblo en un “grupo de presión” que contrarrestara lo que realizan la oligarquía y las clases dominantes urbanas.

La influencia de las ideas socialistas en la insurgencia latino-

americana ha sido mucho mayor, consecuentemente, y ha contribuido a la transformación cualitativa de los grupos alzados en armas. Tal vez el caso más sobresaliente de tal proceso de transformación se encuentre en las guerrillas colombianas de autodefensa que operaron entre 1848 y 1954 —mucho antes del inicio del proceso revolucionario cubano— y que, por influjo del pensamiento socialista, devinieron en guerrillas ideológicas. Podría agregarse a estos hechos sobre tal influencia que casi todos los líderes guerrilleros han provenido de partidos, movimientos, o fracciones de partidos y movimientos que han aceptado y promovido el ideal socialista en cualquiera de sus variantes revolucionarias, por lo cual podría concluirse que, en la actualidad y en el futuro, el socialismo será la meta de las luchas guerrilleras.

Las posibilidades de un cambio social resultante de una lucha armada han resquebrajado y dividido a la izquierda latinoamericana; y la víctima principal han sido los partidos comunistas, de cuyo seno se han desprendido grupos que siguen líneas aparentemente irreconciliables. En efecto, esas posibilidades difundidas por el logro de la revolución cubana han replanteado con mayor acritud la vieja oposición entre reformismo y revolución, contribuyendo asimismo a decantar y definir el potencial revolucionario real de los partidos y de los movimientos. Es obvio que esta dispersión de la oposición revolucionaria comporta un debilitamiento de su efectividad política, dando lugar a que la praxis tienda a definirse más en el sentido de los argumentos de “autoridad” que en el que plantea la estrategia de la revolución. De allí que entre los grupos guerrilleros se admita públicamente la urgente necesidad de coordinación y cooperación operativas y se proponga la tesis nacionalista de la prioridad de la revolución en cada país y en el subcontinente por encima de las discrepancias ideológicas. El razonamiento que sustenta esta tesis señala que Moscú y Pekín bien pueden controvertir sus concepciones para realizar el socialismo puesto que ya arribaron a él, en tanto que la tarea fundamental de las concepciones revolucionarias latinoamericanas es, antes que nada, tomar el poder para construirlo. Tal tesis fue expuesta por Camilo Torres como una parábola de índole religiosa orientada tanto a movilizar al pueblo de un país católico como a unir a los revolucionarios: “no vale la pena ponerse a discutir si el alma es mortal o inmortal, si podemos ponernos de acuerdo en que el hambre sí es mortal”

Todo este proceso de ideologización y diferenciación de las concepciones políticas efectuado en el seno del movimiento guerrillero

latinoamericano ha sido también captado por la contrainsurgencia, hecho que le ha servido para clasificar a los grupos guerrilleros según un rango de "peligrosidad". Las apreciaciones que pueden derivarse de las declaraciones emanadas de las fuerzas militares tienden a mostrar que la mayor peligrosidad se otorga a las llamadas líneas "castrista" y "pekinesa"; lo cual, evidentemente, es el resultado, contrapuesto de la posición legal electoral asumida por los partidos comunistas oficiales. El factor que parece tener mayor peso en la configuración de esa peligrosidad estaría dado por el contenido nacionalista-comunista de los grupos "pro-cubanos", dado que esa ideología representa un poderoso elemento de movilización y desmistificación cultural y política. El nacionalismo, para la contrainsurgencia, tiende a neutralizar el cargo de exotismo y de bandolerismo imputado a las guerrillas, a fijar la atención de las masas en las contradicciones mayores de la sociedad nacional y a plantear la solidaridad operativa, en el plano latinoamericano, de todas las fuerzas insurgentes, factor que, según esta apreciación, sería la base ideológica para un eventual desarrollo de la guerra popular a todo lo largo y ancho del subcontinente. A este respecto podría formularse la hipótesis de que el grado de peligrosidad estratégica otorgado a los grupos guerrilleros por la contrainsurgencia se halla definido en base al énfasis y a la importancia que se preste a la contradicción interna de la sociedad nacional, en comparación al que se dé a la contradicción con los intereses del colonialismo. Con referencia a este supuesto podría intentarse la evaluación de las acciones de los grupos militares tendientes a eliminar las áreas de conflicto nacional, aun llegando a la toma del poder, tal como ha acaecido en Bolivia y en el Perú en donde, según algunos observadores, el camino militar parece encaminado a la revitalización de la sociedad capitalista.

Si bien una y otra forma de contradicción no son separables en las sociedades subdesarrolladas, esta manera de concebirlas con relación a las guerrillas demuestra que hay ahora un punto de vista diverso para apreciar la subversión, completamente diferente de las concepciones antimperialistas del comunismo tradicional.

Los movimientos armados contemporáneos de América Latina, y la movilización ideológica por ellos desencadenada, han producido asimismo un impacto apreciable en las ciencias sociales latinoamericanas, no tanto para hacerles descubrir la crisis de nuestro subdesarrollo como para "comprometerlas" en su análisis y en su superación. Los movimientos guerrilleros, ya sea porque llamaron la atención hacia el verdadero carácter de los obstáculos para el

desarrollo, ya sea porque conmovieron la vocación humanitaria de los sociólogos, trajeron a su seno nuevos estímulos con relación a los compromisos científicos y humanísticos, a las orientaciones teórica, a las prioridades investigativas y aun a los centros intelectuales e institucionales con los sociólogos y las sociologías de los países metropolitanos. Cuestiones tales como el colonialismo, la dependencia, la soberanía, la participación, la inestabilidad y la explotación han pasado a ser el *leit motive* de sus preocupaciones principales. Si anteriormente el problema del cambio social era un tema adecuado para la sociología universitaria, en la actualidad se ha convertido en el campo central del interés sociológico, que parece haber encontrado en la “observación-intervención” la técnica adecuada para el análisis social de situaciones en crisis; y en el “compromiso-acción la actitud conveniente del científico social en ese mismo contexto.”¹⁴

También a las sociologías de los países desarrollados, que han sido fuentes de inspiración para la sociología latinoamericana, ha llegado este impacto, reforzado por las propias contradicciones de esas sociedades, como en el caso de la guerra de Vietnam y del problema negro para los Estados Unidos, y de la insurgencia estudiantil para muchas naciones. Los efectos de esas influencias unas veces se han traducido en una toma de conciencia sobre el contenido básico de las ciencias sociales, generalmente limitadas por las concepciones de la microsociología funcional, y otras veces han resultado en su utilización para los fines de la inteligencia militar.

Sobre esta constelación de influencias en el terreno de la política y de las ciencias sociales latinoamericanas ha gravitado, además, el “efecto de demostración” que dimana de las sociedades desarrolladas y de aquellas que están alcanzando el desarrollo por medio del cambio revolucionario. Resulta pertinente al respecto señalar que los “efectos de demostración” relativos al mejoramiento de los niveles de vida, y las relaciones con las vías políticas para lograrlo, no se hallan disociados. En efecto, en unos y otros países estas cuestiones son, al mismo tiempo, el objetivo del cambio y la conciencia de la potencialidad para realizarlo.

Pero el efecto de movilización producido por el movimiento guerrillero en las ideologías sociológicas plantea el problema crucial de la actividad del sociólogo: ¿hasta dónde puede llegar políticamente sin confundir sus *roles*, sin hacer compartimentos estancos de su naturaleza humana y profesional, y sin abjurar de su tarea de hacer ciencia y desarrollar con ello interna y consistentemente su disciplina? ¿hasta dónde su conocimiento científico de la sociedad

puede darse como un sistema independiente y sin identificación, por lo menos parcial, entre el sujeto y el objeto de ese conocimiento? Las respuestas dadas hasta ahora no parecen concluyentes, tanto si provienen de los sociólogos “puros” como de los “comprometidos”. En el ínterin, para éstos, cualquier intento de separación entre el saber sociológico y la acción política da una especie de esquizofrenia impuesta por los mecanismos de dominación social; en tanto que para aquéllos el “compromiso” es sólo una afanosa búsqueda de identidad y legitimidad de los sociólogos refractarios a la técnica.¹⁵

Una caracterización importante de los movimientos guerrilleros se ha hecho provenir de Mao Tse-tung, dándole, por lo tanto, todo el peso de su autoridad como estrategia ilustre de la revolución. Según esa caracterización existen diferencias esenciales entre “la resistencia patriótica de guerrillas y los movimientos revolucionarios de guerrillas”, ya que las primeras carecen normalmente del contenido ideológico de los segundos, y que éstos se organizan primero y empiezan después, mientras que la resistencia patriótica surge primero y se organiza posteriormente.¹⁶ Ahora bien, la lectura de los trabajos militares de Mao Tse-tung no parece autorizar tal distinción respecto de los contenidos ideológicos de una y otra forma de guerra, por cuanto la concepción que Mao tiene de ésta siempre se relaciona con la acción política. En efecto, si bien Mao Tse-tung distingue varios tipos de guerra en el caso de China, todos esos tipos tienen un carácter revolucionario. Es así como la guerra de resistencia contra el Japón no es una nueva guerra de liberación sino también proceso por el cual se construirá un nuevo país y una nueva sociedad; y es así como el Ejército Rojo debe tanto combatir al invasor extranjero como transformar la estructura social. En este sentido Mao plantea que en la guerra de guerrillas China se halla ligada estratégicamente a la guerra de resistencia.¹⁷ En la distinción que se quiere hacer en base a los contenidos ideológicos parece que se pasa por alto que el nacionalismo patriótico de que se halla saturada la resistencia contra el invasor tiene un intenso valor ideológico, y que en las guerras generalizadas contemporáneas la perspectiva de una nueva sociedad siempre ha estado subyacente en el nacionalismo; ésta fue la fundamental y lógica razón del inevitable enfrentamiento entre el Ejército Rojo de China y el Kuomintang. A causa de estos contenidos políticos las guerrillas de liberación en los actuales países socialistas se convirtieron, al finalizar la guerra contra los nazis, en ejércitos populares integrantes del aparato político emer-

gente. Taber ha señalado, por estas razones, la falsedad básica contenida en el “sofisma de los métodos”, la cual consiste en creer que un ejército regular puede con fortuna convertirse en un ejército guerrillero.¹⁸

La anterior discusión resulta mucho más pertinente en el caso de las guerrillas de América Latina, bajo un aspecto al cual se ha concedido poca importancia. Nos referimos a aquella parte de la argumentación sostenida por los movimientos guerrilleros que asocia la lucha contra el poder nacional a la lucha contra el imperialismo. En verdad, como ya se ha señalado, el argumento antiimperialista ha sido sobreexplotado y en muchos casos sólo ha servido para ocultar la deserción de la lucha contra las oligarquías y la obtención de pequeños beneficios condicionales. Pero, en la medida en que el proceso de independencia de los pueblos coloniales ha mostrado hasta qué punto los intereses dominantes extranjeros y nacionales se encuentran asociados, la lucha de “liberación nacional” ha tenido que ser, simultáneamente, una lucha antiimperialista. En el caso del subcontinente latinoamericano, la intervención directa originada en la conducta imperial ha propiciado en el pasado inmediatas guerras patrióticas de resistencia; y si a estos episodios de intervención se agregan los que provienen de la dominación política, económica y social, se habrá delimitado el cuadro de las motivaciones que explican la exaltación nacionalista y antiimperial que irriga no sólo a los grupos guerrilleros sino a toda la oposición izquierdista de América Latina. Dicho en forma resumida: la condición de dominación y dependencia que caracteriza las relaciones internas y externas de los países latinoamericanos ha sido en buena parte causa y razón de los contenidos ideológico-políticos de los actuales movimientos guerrilleros; lo cual les acerca subjetivamente a los que se han librado en contra de las potencias invasoras en otras partes y en otras épocas. Esta observación, que pudiera parecer exagerada, probablemente será confirmada en el futuro, cuando los conflictos en América Latina tiendan hacia el enfrentamiento generalizado y abierto de una guerra popular, tal como se dio en Santo Domingo en 1964.

El contenido nacionalista de los movimientos guerrilleros se ve reforzado, además, por el carácter supranacional asumido por la contrainsurgencia. Este carácter supranacional de la represión surge así asociado a lo antinacional, dando lugar a que aparecieran los mecanismos genéricos de una guerra patriótica. No cabe duda de que este es un factor claramente apreciado por el movimiento guerrillero.

llo latinoamericano que, al no descartar la intervención extranjera directa, tal como lo enseña la historia, cuenta con ella para acelerar el proceso de la contradicción nacional. Debería recordarse a este respecto que el sistema colonial representa igualmente una manera de exaltación psicológica que, como ha observado Fanon, exagera los valores nacionales hasta el extremo de la anticulturación.¹⁹

La influencia de la Revolución Cubana en el actual proceso revolucionario de América Latina ha sido ampliamente reconocida, tanto por los que desean y fomentan la revolución como por quienes la combaten y temen. Por lo mismo, en este reconocimiento, las posiciones han variado entre los extremos representados por aquellos que tienen a Cuba por un “modelo” táctico susceptible de aplicarse al resto de los países latinoamericanos —modelo que ha sido bien ilustrado por la teoría del “foco”—, y la de aquellos que, admitiendo ese impacto, lo reducen a un simple “chantaje de La Habana”. En el intermedio se hallan los esfuerzos por comprender “desde dentro” la revolución cubana, analizando las condiciones prerrevolucionarias que la hicieron posible, y por dar una “justa medida” a las teorías del cambio revolucionario derivadas de la experiencia de Cuba, tal como lo hizo Debray y lo criticó *Monthly Review*.²⁰ No obstante, hallamos que algunos factores asociados a la experiencia fidelista y a la posibilidad de la revolución en América Latina por la vía de la lucha armada han sido poco apreciados. En concreto, nos parece que no se ha analizado con suficiente detenimiento el significado potencial de la guerrilla en la formación de una situación social y política antijurídica que, violando las propias normas de relación establecidas por la clase dirigente, conduce a una polarización de los grupos sociales y a su creciente radicalización y participación políticas. Dicho de otra manera, los movimientos guerrilleros pueden contribuir —y han contribuido— al deslizamiento del poder del gobierno y de sus asociados al terreno de la represión y del terrorismo legalizado, dando lugar a que un mayor número de personas asuman la causa de la insurgencia y de la subversión que, entonces, se presenta como la reacción y la resistencia iniciales a la dictadura. En la historia latinoamericana, la *contrarrevolución preventiva* ha sido un mecanismo usual de las élites gobernantes, enderezado a impedir que las crisis estructurales puedan generar las fuerzas, los derroteros ideológicos y los impulsos para la revolución social. Pero la experiencia de la dictadura batistiana ha mostrado el arma de doble filo de la represión; tal como lo ha señalado en su

reciente informe el señor Rockefeller: "... Es así que un ciclo de acciones terroristas y de reacciones represivas tiende a polarizar y perturbar la situación política, creando un campo más fértil para las soluciones radicales dentro de grandes sectores de la población." ²¹ Ernesto Guevara había expresado la misma convicción al decir: "Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular." Los más recientes acontecimientos en Argentina y Brasil tienden a confirmar este diagnóstico, y han tenido el efecto de mostrar el carácter esencialmente autoritario y represivo de algunas "revoluciones" militares, en realidad contrarrevoluciones preventivas. En estos países es evidente que existe ahora un consenso mayor sobre la necesidad de un cambio político en otra dirección.

La composición social de la guerrilla latinoamericana, para muchos de quienes la han estudiado, ha venido a ser otro de sus rasgos distintivos. De acuerdo con ese rasgo, el origen, propagación y mantenimiento de la guerrilla se debe a la acción de universitarios, profesionales y miembros ilustrados de las clases medias urbanas; lo que resulta una contrapartida de la notoria baja participación de los obreros y los campesinos. Pero, históricamente, ésta parece ser una característica extensiva a todo movimiento revolucionario: el núcleo principal del movimiento se halla constituido por este tipo de grupos "intelectuales". Lenin en el "*¿Qué hacer?*" lo ha dejado bien establecido, cuando señala que, en la organización revolucionaria de la clase obrera y en las primeras etapas de la revolución, los intelectuales incorporados a esta tarea hacen las veces de "conciencia", por cuanto los proletarios y los campesinos de la sociedad capitalista no han tenido acceso a la cultura a causa de su misma condición de clase baja.

En América Latina este tipo de composición de los movimientos insurgentes se da más o menos igual. Recuérdese que fueron los miembros más "cultos" de la clase criolla quienes acaudillaron la guerra de independencia y que, salvo los casos atípicos de Zapata y de Villa en la revolución mexicana, el liderazgo siempre emergió de los sectores medios y altos de la sociedad, sobre todo de entre aquellos politizados y concienzializados por el sistema educativo. Pero, no obstante estas similitudes, en los actuales movimientos guerrilleros se encuentra una diferencia muy significativa para los resultados finales de la insurgencia. Nos referimos a que, en el caso de las actuales guerrillas, la acción política de esa "intelectualidad" se orienta a socavar los principios y las relaciones de su propia clase; fenómeno que no se dio anteriormente. En contra de esta observación podrían

esgrimirse los ejemplos de las revoluciones mexicana, boliviana y guatemalteca, esencialmente acaudilladas por miembros de los estratos superiores de la población. Sin embargo, la contrargumentación es sólo parcialmente cierta, como se verá. En efecto, la mayor parte de los líderes que iniciaron la revolución mexicana —los Madero y Carranza, por ejemplo— tenían como meta principal buscar un relevo del grupo porfirista en el poder más que el cambio de las estructuras sociales y económicas. Los contenidos socialmente revolucionarios provinieron del movimiento agrario zapatista y de sus asesores intelectuales anarcosindicalistas, y de la furia popular desatada por el guerrillero Villa. Esta diferencia entre uno y otro tipo de jefes revolucionarios explica por qué Zapata fue combatido y hostilizado por los más connotados dirigentes de la revolución, y aun asesinado con la adquiescencia tácita de Carranza; solamente el arribo de Obregón al poder hizo posible la real y práctica aplicación del agrarismo zapatista; aunque la fuerza política que éste representó lo había ya introducido programáticamente en los planes de Madero y en la constitución de Carranza. En cuanto a las revoluciones de Bolivia y de Guatemala resulta innegable que la supervivencia del Estado tradicional, derrocado del gobierno por la revolución, fue también el origen causal de la contrarrevolución: tanto en Guatemala como en Bolivia los sistemas parlamentario, jurídico, financiero y represivo del *ancien régime* fueron dejados intactos, emergiendo de allí mismo los factores de la contrainsurgencia.

Esta conocida evolución tradicional de las revoluciones latinoamericanas fue parcialmente rota por México en 1910 y totalmente por buena parte de sus éxitos contemporáneos. Cuando se comparan las experiencias de Bolivia y Guatemala con la cubana, es fácil darse cuenta de la enorme diferencia cualitativa que las separa, diferencia que explica por qué la revolución cubana empezó a ser tan rápidamente atacada; efectivamente, Cuba ni restauró el ejército de la dictadura, ni el sistema parlamentario y electoral de la burguesía, ni las relaciones financieras y económicas del capitalismo, ni su orden jurídico. Desde luego que este paso dado por Cuba en dirección del socialismo no fue el resultado exclusivo de la guerra de guerrillas fidelista, y que esa tendencia tiene mucho que ver con varias de las condiciones prerrevolucionarias existentes en la isla.²² No obstante, esas condiciones fueron puestas en relieve y dinamizadas revolucionariamente por un movimiento guerrillero ideado, formado y desarrollado decisivamente por profesionales, estudiantes e individuos pertenecientes a los sectores medios urbanos, que indu-

dablemente conspiraron contra su propia clase. En buena medida los efectos de esa conspiración fueron la movilización de un caudaloso apoyo popular que dio fuerza al movimiento revolucionario desencadenado por hombres de la "clase media".

En brutal contraste con esta experiencia se hallan todas aquellas que han hecho enfrentarse a los campesinos y a los obreros latinoamericanos con el propósito de mantener el dominio político de las clases altas y el *statu quo* asociados a ese dominio. En la historia de esos procesos "La Violencia" colombiana se distingue con elocuencia propia que lamentablemente ha ocultado las verdaderas causas que la provocaron. Esas causas no fueron otras que la manipulación, desde los centros urbanos, de los grupos campesinos con el fin de asegurar el predominio hegemónico de un partido. En Colombia, durante "La Violencia", los campesinos liberales y conservadores se enfrentaron en una cruenta guerra de exterminio, impulsados a la enajenación por jefes políticos que, amparados en el poder, se cuidaron siempre de aparecer asociados directamente al conflicto. El mecanismo intermediario de la violencia, según un tipo de relaciones coloniales internas, se encomendó a los "gamonales" provincianos que supieron explotar con creces una política partidista basada en "odios heredados". Este fenómeno no es insólito en las sociedades más tradicionales de América Latina, por cuanto subdesarrollo ha dado por consecuencia polarización anómica de los estratos y de los grupos sociales. En este sentido, la política en el subcontinente fue entendido como un asalto al gobierno del Estado, lo que en esencia representaba la captura del presupuesto y el usufructo privativo de sus privilegios. Con tal orientación la derrota del adversario, por cualquier medio, era la esencia misma de la política.

Pero es evidente que esta nueva actitud ideológica y política asumida por los cuadros dirigentes de las actuales guerrillas, no ha sido suficiente para incorporar a ellas contingentes numerosos de campesinos y obreros. Muchas razones hay para ello y ya hemos señalado el efecto que en tal fenómeno han producido la intermediación del caudillismo y de la aristocracia obrera, y desde luego, el miedo a la violencia. Debería agregarse a las anteriores la "acción cívico-militar" desarrollada por las fuerzas contrainsurgentes, una genuina invención latinoamericana aportada a la lucha contrarrevolucionaria. La construcción de caminos vecinales, puestos de salud y algunos aportes más propios del mejoramiento del hogar y del desarrollo de la comunidad, han sido las alternativas implantadas para impedir el contagio revolucionario. No obstante esta finalidad,

la acción cívico-militar ha difundido también el ejemplo de mejores niveles de vida existentes en las ciudades, y los valores sociales y políticos que parecen haberlos generado como un producto, natural y proclamado, de la democracia y del igualitarismo. La persistencia de la discriminación y de la desigualdad generadas por el subdesarrollo insuperado cambiarán probablemente los fines preventivos asignados a la acción cívico-militar. Ahora bien, una composición social general de las actuales guerrillas latinoamericanas parece ser muy semejante a la que existe en el seno de los grupos guerrilleros colombianos, en los cuales el 80% de sus efectivos está compuesto por campesinos —entre los cuales se hallan exreclutas y antiguos combatientes de “La Violencia”— y el 20% restante por estudiantes universitarios y algunos profesionales, politizados mucho antes de incorporarse a la lucha armada. Desde este punto de vista la ignorancia de las realidades nacionales por otra parte de los cuadros dirigentes guerrilleros es cierta sólo relativamente.

El análisis sociológico de los movimientos guerrilleros resulta técnicamente difícil por el mismo carácter de clandestinidad que los cobija. En este sentido, puede resultar erróneo hacer apreciaciones críticas de sus características, contenidos ideológicos y composición social en base a las comunicaciones oficiales de los gobiernos o comandos militares, y aun en los documentos públicos de la propia guerrilla. El documento público de los guerrilleros puede clasificarse en dos categorías: 1) Las partes de acciones militares que tienen por fin relevar los triunfos obtenidos por la guerrilla en su enfrentamiento con el ejército regular. 2) Las proclamas que están dirigidas, en su simplicidad dicofónica, a concitar la simpatía y el apoyo de la población hacia los grupos armados. En el primer caso, la parte militar viene a representar un testimonio documental de que las fuerzas contrainsurgentes, a pesar de su mejor preparación combatiente y de su mayor capacidad logística, no son invencibles, y que, por ello mismo, la guerrilla puede llegar a constituir un mecanismo eficaz de autodefensa de las “bases de apoyo”; en el segundo caso, la proclama es la manifestación emotiva y simple de las razones de una lucha, y su efecto está dirigido a legitimar, ante los ojos del pueblo, el empleo de la violencia y de la subversión. Mirados tales fines, los datos que los partes militares y las proclamas contienen deben ser valorados cuidadosamente. Por otra parte, se sabe que en el seno de la guerrilla se elaboran “materiales internos”, de circulación restringida, mucho más ricos y más confiables por la información que proporcionan.

Quisiéramos agregar, finalmente que, entre los diversos efectos sociales, políticos y económicos originados en los movimientos guerrilleros, resulta muy importante la reacción que despiertan entre las clases gobernantes nacionales y coloniales. Pero este sobreaviso y endurecimiento, que con mayor frecuencia conduce a la represión, parece ser una consecuencia lógica que el guerrillero toma en cuenta, aunque no pueda prever y neutralizar eficazmente sus consecuencias, y, seguramente, la ataraxia política originada en el miedo al enemigo, es una de las reacciones con que éste cuenta para organizar y desarrollar la contrainsurgencia. Sin embargo, de la violencia y del terrorismo contrarrevolucionario ha surgido también, generalmente, el beneficio táctico para el cambio social revolucionario de que los grupos dominantes de la sociedad salten los límites jurídicos y morales que ellos mismos se han impuesto. Recordemos nuevamente que muchos cambios sociales, políticos y económicos acaecidos en estos últimos años en América Latina se deben al temor de una revolución surgida de las guerrillas y que, si bien son mecanismos de modernización del sistema que se protege, han llevado a varios núcleos de las clases populares cierta mejoría en sus condiciones de vida; aunque con ello hayan disminuido la tensión previa al conflicto. Éste parece ser el reto moral de la guerrilla.

¹ Algunos de los títulos que hacen esta asociación son los siguientes: *Latin American Radicalism*, ed. por Iwing Horowitz, Josué de Castro y John Gerassi, New York, Random House, 1969. *Latin America, Reform or Revolution?* Petras y Zeitlin eds., New York, Fawcett Publications, 1968. *Obstacles to Change in Latin America*, Claudio Veliz ed., Oxford University Press, 1969. *Parasitism and Subversion, the case of Latin America*, Stanislav Andreski, New York, Schocken Books, 1969. *Colombia: violencia y subdesarrollo*, Francisco Posada, Bogotá, ediciones de la Universidad Nacional de Colombia, 1969. *La Iglesia, el subdesarrollo y la revolución*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1968. *Subversión y cambio social*, Orlando Fals Borda, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1969.

² Además de numerosos artículos en periódicos y revistas, se pueden citar: Mercier Vega, Luis. *Las guerrillas en América Latina*. Buenos Aires, Paidós, 1969. Debray, Régis. "¿Revolución en la Revolución?", *Política*, México, 1967. Varios, *Debray y la revolución latinoamericana*. México, Ed. Nuestro Tiempo, 1969. Fals Borda, Orlando. *Las revoluciones inconclusas en América Latina*. México, Siglo XXI, 1968.

³ Huntington, Samuel P. "Guerrilla Warfare in Theory and Policy", *Modern Guerrilla Warfare*. The Free Press of Clencoe, 1962, pp. 16-17.

⁴ Mercier Vega, *op. cit.*, p. 1.

⁵ Lenin, V. I., *El Estado y la revolución*. Moscú, Editorial Progreso, 1966.

⁶ Weber, Max, *El político y el científico*. Madrid, Eds. Castilla, 1967, p. 83.

⁷ Weber, *op. cit.*, p. 84.

⁸ Citado por Lenin, *op. cit.*, p. 105.

⁹ Sombart, Werner, *Socialismo y movimiento social*. Valencia, Ed. Prometeo, s.f., p. 65.

¹⁰ García, Antonio, "Las Clases Medias y la Frustración del Estado Representativo en América Latina", *Cuadernos Americanos*. Núm. 1, ene-feb., 1967, p. 11.

¹¹ Taber, Robert, *La guerra de la pulga*. México, Ed. Era, 1967, p. 14.

¹² Fals Borda, *op. cit.*, p. 50.

¹³ Esta idea se halla ampliamente expuesta en los libros de Peter Worsley, *El Tercer Mundo*. México, Ed. Siglo XXI, 1966; y Frantz Fano. *Los condenados de la tierra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

¹⁴ Fals Borda, Orlando. *Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis*. México, 1968, mimeo, pp. 15 y 23.

¹⁵ Hodlara, Joseph. "La Explotación de la Sociología", *El Día*. México, mayo 4 de 1969 (6).

¹⁶ Mercier Vega, *op. cit.*, p. 37.

¹⁷ Mao Tse-tung. "Problemas estratégicos de la Guerra de Guerrillas contra el Japón", *Obras Completas*. Pekín, 1968.

¹⁸ Taber, *ibidem*.

¹⁹ Fanon, Frantz. *Sociología de una Revolución*. México, Ed. Era, 1968, p. 25.

²⁰ Los artículos aparecidos en *Monthly Review* sobre los trabajos de Debray fueron traducidos recientemente en México y publicados en forma de libro con el título que se menciona en la nota 2.

²¹ "El Informe Rockefeller", *El Día*. Noviembre 17 de 1969 (6).

²² Véase el trabajo de Maurice Zeitlin en *Trans-action*.